

Los antiguos súbditos de la colonia se iniciaban, pues, en la vida política, mostrando en la dirección de los negocios perspicacia, sabiduría é ilustración de hombres pensadores y estudiosos: fenómeno que se repitió en todas las colonias españolas en los albores de la independencia. La Madre Patria, á pesar de todos los defectos de su dominación, supo formar hombres eminentes y distinguidos.

El Jurado de Imprenta.

Mayo 29 de 1880.

I.

Las aberraciones contra la moral y el sentido comun cometidas por los jurados desinsaculados para conocer en materia criminal en la capital de la República, han determinado un grito general de reprobacion, no solamente contra aquellos desvaríos, sino contra la misma institucion del jurado, á la cual se atribuyen aquellos desastrados efectos. La gente sensata, no ménos que la prensa que se guía por recto criterio, no han vacilado en pedir la abolicion de la institucion, y con mucha razon, en verdad, porque si amenaza desquiciar á la sociedad con la impunidad de los delitos, de ninguna manera puede ser prudente ni conveniente correr tan inminente y aventurado riesgo, únicamente por la vanidosa comezon de aclimatar aquella institucion, que en otros países puede ser señal de progreso, pero que en el nuestro parece ser digno de retroceso muy mezquino.

No entraremos á examinar detenidamente la

conveniencia de abolir el jurado en materia criminal: en Yucatán, por fortuna, nuestros estadistas se han guiado por cierto buen sentido práctico que ha evitado el aventurarse en la senda de innovaciones arriesgadas, en materia de justicia criminal; mas el grito de reprobacion de la opinion pública se extiende tambien á los jurados de imprenta: últimamente se ha presentado al Congreso de la Union una iniciativa en que se propone que los delitos de imprenta queden sometidos á la jurisdiccion de los tribunales comunes. Apoyaríamos con eficacia el proyecto, si se propusiera que precisamente los tribunales federales conociesen en los delitos que en adelante cometan los escritores públicos por medio de la prensa: la reforma de la Constitucion en este sentido, bien léjos de ser un paso de retroceso, sería, al contrario, un positivo adelanto y garantía mucho más firme y segura de la libertad honesta de la prensa independiente.

Porque, en efecto, ¿qué es lo que va buscando el legislador constituyente al someter los delitos de imprenta á la jurisdiccion de los jurados populares? Es evidentemente conceder mayor amplitud á la libertad del escritor, y más grande imparcialidad y rectitud en los jueces encargados de declarar la culpabilidad y de imponer la pena; pero la institucion del jurado de imprenta, tal como se practica, viene á producir precisamente resultados contrarios á las miras del legislador. ¿Qué es lo que enseña la experiencia? Se ven listas de jurados arregladas de manera que, en un caso dado, puedan proporcionar jueces dóciles para fallar en determinado sentido; se ven ayuntamientos estrechamente dependientes de la administracion de cada Estado, y que,

pronuncia en favor de la razón, ora se vuelve partidaria del absurdo. Creemos que las ilusiones de los teóricos parciales del jurado de imprenta no llegarán á cegarlos de tal suerte que crean que más garantías de acierto se encuentran en un jurado compuesto de hombres vulgares, que en un tribunal formado por los magistrados de la Suprema Corte de Justicia, en la cual, á nuestro juicio, deben reunirse los hombres más eminentes del país.

Dos cosas se necesitan invariablemente en los jueces para que legítimamente puedan juzgar: pericia para conocer lo justo, y derecho para matenerlo contra las invasiones y perturbaciones. Este derecho no se lo negaremos á los jurados, puesto que lo toman de la ley; pero en cuanto á la pericia, nos parece que carecen de ella, en la generalidad de los casos, en que vienen á formarlos hombres destituidos de los elementos necesarios para adquirirla. Tratándose de la aplicación de las leyes, para cuya exactitud se requieren muchos estudios y conocimientos, no es creíble encontrarlos en quienes ignoran las nociones del derecho, y que están acostumbrados á circunscribir sus juicios y raciocinios á materias completamente distintas de aquellas á cuya resolución se les llama. Si se tratara, por ejemplo, de puntos en que la universalidad de las gentes puede juzgar fácilmente sin peligro de errar, acaso se causarían menos daños con llamar á los jurados á resolverlos; pero tratándose de cuestiones de derecho, esencialmente ligadas con puntos literarios y científicos, nos parece que los jurados son los tribunales más incompetentes para conocer, por lo mismo que carecen de pericia.

Jamás podría vacilar un escritor inculpado, si se tratase de elegir el tribunal que lo hubiese de juzgar: entre un tribunal permanente que observa los trámites tutelares de la defensa, donde el curso reposado del proceso permite la reflexión y en que los fallos son revisables, y un tribunal formado entre las olas de las pasiones y que falla sin apelación, como si estuviera impelido por el vapor, no habría lugar á vacilación: preferiría, á buen seguro, el primero, porque allí su inocencia estaría á cubierto, mientras que en el segundo, riesgo inminente correría de ser conculcada sin miramiento alguno. ¿Qué importaría que en el jurado se sentase un libre pensador teniendo á su lado un católico y un espírita, si á la hora de fallar la voz de la razón sería ahogada por el voto de la mayoría dirigida ó influenciada por la pasión? La salvación del derecho y de la justicia no se vincula á la reunión de personas que piensan de distinta manera, sino que estriba en poner al juez en la precisión de tener más ocasión de guiarse por la razón.

No sabemos ni podemos asegurar como testigos presenciales que los jurados de imprenta que se celebran en la Nación causan los males que hemos delineado; pero el testimonio de la prensa, que en imponente mayoría lanza un grito de reprobación contra la institución del jurado, nos parece suficiente para conocer que está causando daños sin cuento al país y que es urgente abolirlo si no se quiere que produzca perjuicios tal vez irreparables. Que uno ú otro jurado en que hubiesen tomado parte personas cultas é inteligentes haya pronunciado sentencias justas, nunca puede ser argumento para probar

que la institución es buena para el país, si antes no se demostrase que toda la nación está compuesta de esa clase de individuos, de manera que aunque la suerte ó el azar fuese quien presidiese á la formación del jurado, siempre resultase constituido con hombres de ilustración y de saber. Por esta razón pedimos la abolición del enjuiciamiento por jurados; no porque nuestros principios nos lo hagan mirar con aversión: bien lejos de eso, los principios que profesamos nos inclinarían á amar la institución nacida al amparo del cristianismo, y practicada con buen éxito en los siglos en que la fe estuvo más viva y más resplandeciente. En la edad media, esa época llamada de oscurantismo por los que no la conocen á fondo, la institución de los jurados era muy conocida, así como el principio en que se funda, de que todo hombre tiene derecho de no ser juzgado sino por sus pares.

Elecciones federales. (1)

Junio 12 de 1880.

El último domingo de este mes se deberán verificar, en toda la extensión de la República, las elecciones de los delegados que en el segundo domingo de Julio han de elegir á su vez presidente de la República, diputados al Congreso General, y varios magistrados para la Corte. Hace ya bastante tiempo que se está agitando en el país la grave

(1) Véase, en la página 245, nuestro artículo de 20 de Abril de 1875 sobre las elecciones de diputados y senadores al Congreso de la Unión; y, en la página 250, el artículo titulado «El Gobierno representativo.»

cuestión de la elección presidencial, y sin embargo, hasta el presente no se puede pronosticar de una manera cierta y segura, cuál de los candidatos propuestos ocupará la primera magistratura de la Nación, en el cuatrienio que se abrirá el 1º de Diciembre del presente año.

Si hubiera en el país costumbres políticas arraigadas de practicar el sufragio con sinceridad, si hubiera partidos organizados de una manera permanente y habituados á cierta disciplina, podría en estos momentos augurar de parte de quién están las probabilidades del triunfo definitivo; pero no vemos por todas partes sino fracciones del partido liberal, que se agitan deseando vehementemente alcanzar en favor de su candidato, la protección oficial ya del gobierno federal, ya de los gobiernos de los Estados: tal conducta indica nada ménos que la absoluta falta de fe que existe en cuanto á la práctica sincera de una elección verdaderamente libre.

En los periódicos de la capital de la República, hemos visto que algunos hombres prominentes del partido liberal han iniciado la idea de organizar su partido, manifestando deseos de que el partido conservador haga otro tanto, para que las instituciones se practiquen de una manera legal y pacífica, se afianze la paz, y la opinión pública se manifieste por conductos autorizados: desearían introducir en el país las prácticas usuales en los gobiernos representativos como Inglaterra, Bélgica, Estados-Unidos y Chile. En aquellos países se ve que las clases más laboriosas y honradas de la sociedad toman participio con ahinco en la discusión de los asuntos públicos, en las luchas electorales: en los congresos se

con este caracter, no pueden dejar de influir para que los jurados correspondan siempre á los deseos del gobernante. De aquí viene la persuasión general en que todos están de ser cosa ociosa é inútil el acusar un delito de imprenta cuando no se cuenta con el apoyo eficaz de la influencia oficial.

Por otra parte, ordinariamente los jurados de imprenta ejercen sus funciones bajo las impresiones del temor y del favor, y como nunca puede haber seguridad de que la suerte designe hombres firmes y rectos en el cumplimiento del deber para que sirvan de jueces, sucede frecuentemente que absuelve á escritores verdaderamente responsables de delitos de imprenta, y se condena, por espíritu de secta ó de partido, á hombres completamente inocentes, extraviándose, de este modo, el criterio moral del pueblo. Durante la actual administracion que rige los destinos del Estado, en verdad no se ha dado caso de hacer servir el jurado de imprenta como instrumento de partido ó de secta; pero en épocas anteriores, hechos muy deplorables y que están gravados en la conciencia pública testifican que nuestras reflexiones están basadas en la más estricta verdad y justicia. En este concepto, y abogando por la mayor garantía de la libertad justa de la prensa, deseáramos que una ley bien meditada y estudiada aboliese los jurados de imprenta, y sometiese los delitos de los escritores públicos cometidos por el órgano de la prensa, á la jurisdicción de los tribunales federales, los cuales con procedimientos justos y equitativos, pondrían más en salvo los fueros de la defensa de los presuntos delincuentes.

El jurado de imprenta.

II.

Rechazado el jurado de imprenta por la opinión pública, encuentra algunos tenaces defensores entre algunos doctrinarios del jacobinismo, que prefieren que se continúe haciendo experiencia con sus teorías insanas, á la salud pública que reclama la abolición de semejantes tribunales que no prestan garantía á la inocencia y se convierten en instrumentos de facción.

Ciertamente que estamos muy distantes de profesar el error tan trascendental y pernicioso de que la prensa se corrija por la prensa misma: bien palpamos los innumerables daños que puede causar el libertinaje de la prensa adueñada del derecho sin límite de ultrajar lo más sagrado, de escarnecer la autoridad, de violar el santuario de la familia, de predicar el vicio y de incitar al crimen. No se nos oculta que un periódico puede ser suficiente para manchar reputaciones bien sentadas, introducir la discordia en las sociedades mejor constituidas, y aun derribar gobiernos constituidos bajo bases seculares; y así como no podemos nunca pensar, ni ver con calma ni con indiferencia que los autores de delitos comunes se paseen por las calles públicas desafiando á la sociedad á quien han ofendido, ménos podemos persuadirnos de que sea bueno, digno, y conveniente á un pueblo culto, el dar carta blanca para que, usando de la prensa, se enseñen y se propaguen los principios que desenvuelven en los cora-

zones la inclinación á cometer esos mismos delitos; y á eso viene precisamente á reducirse la famosa teoría que antes hemos indicado. Por fortuna, los mismos que la profesan, cuando ocupan las alturas del poder se guardan bien de ponerlas en práctica: si mal no recordamos, durante la época del Sr. Lerdo, el *Diario Oficial* sostuvo aquella misma teoría; mas pronto los hechos vinieron á contradecir sus palabras, porque vimos publicada en sus columnas la ley que, suspendiendo temporalmente la vigencia de la ley orgánica que actualmente rige, imponía severas penas á los escritores, en los diversos casos que preveía y señalaba. Esa ley precisamente es un testimonio vivo de que nuestros estadistas se guardan bien de los funestos efectos que son consecuencia legítima de los errores que á veces predicán cuando no temen los resultados de sus realización práctica.

Convenimos en que á veces los periódicos procaces, que se arrastran en el fango, pueden desagradar hasta el grado de no encontrar lectores que los patrocinen y con cuyos recursos acierten á vivir; sin embargo, ¿por eso se han dejado de hollar las leyes de la moral, se han dejado decausar daños irreparables? Y la misma popularidad que alcanzaron entre cierta clase de gente, ¿dejará de ser un incentivo muy vehemente para atraer á otros al mismo camino? Creemos que no, y por eso también tenemos la convicción profunda de que la sociedad que quiera guardar incólumes las eternas reglas de la moral y de la justicia, debe castigar los delitos que se cometan por la prensa, de la misma manera que castiga los que se cometen por cualesquiera otros

medios. No porque el crimen se cometa desde las columnas de un periódico deja de ser crimen; antes nos parece que se reviste de circunstancias más agravantes, por lo mismo de que sus estragos se extienden á mayor número de víctimas, sus efectos persisten por más largo tiempo, y sus perjuicios son más difíciles de indemnizar. A la verdad, el escritor que enseña la inmoralidad y el desprecio de la autoridad, el que infama ó el que calumnia, merece tanto ser castigado, como el que roba ó hiere á su semejante. Por eso, pues, dejar el castigo de los abusos de la imprenta á sólo la opinión pública, y esperar que el buen uso de esa misma prensa sea la única capaz de corregir los adefecios que por medio de ella se cometen, es desconocer completamente la situación de la naturaleza humana, y conculcar los principios más cardinales de la justicia.

No estriba la cuestión precisamente en que el folleto, el periódico ó la novela que pecan contra las reglas de la moral dejen de vivir por falta de sostenedores: eso bien podrá suceder algunas veces, pero en el mayor número de casos sucederá lo contrario: se trata de que el delito no quede impune, de que la sociedad defiendan los principios á cuyo calor pueda vigorizarse y librarse de la disolución ó anarquía: se trata de que el temor de la pena evite la repetición de aquellos excesos ó desmanes. De allí es que, aunque la parte sensata del público esté dotada de criterio suficiente para juzgar de las producciones de la prensa, sin embargo nunca puede ser social, racional ni humanitario, el conformarse con que el único castigo de los delitos de prensa sea la reprobación que se acarrearán con todo y esa reprobación,

si el escritor vicioso y desmoralizado no tuviese suspendida sobre su cabeza la mano inexorable de la vindicta pública, continuaría en su tarea tal vez con mayor esfuerzo; y esa misma opinión de reprobación que ántes le perseguía, irá decreciendo sucesivamente con los secuaces y adeptos que atraiga á sus teorías, que por lo mismo que lisonjean las pasiones y los intereses, encuentran ocultas simpatías en el corazón humano; porque es cosa averiguada y comprobada que mientras más veces se cometen las faltas contra la moral, que mientras más frecuentes se hacen los vicios, tanto más débil es la reprobación que encuentran en el público: la costumbre de ver que se reiteren termina por hacer perder en el ánimo del pueblo el horror y el desprecio que ántes inspiraban.

Basta por ahora con estas breves reflexiones que verifican patentemente que el citado principio no viene siendo, en resumidas cuentas, sino un error antisocial que vulnera los verdaderos principios de la justicia.

El jurado de imprenta.

III.

Ya que hemos demostrado, en cuanto es asequible por medio de un artículo de periódico, lo peligroso que es para la sociedad el erigir como principio el error de que el único correctivo de la prensa es la prensa misma, pasemos á comprobar con nuevas razones, que el jurado, constituido como único tribu-

nal para conocer de los delitos cometidos por medio de la prensa, es altamente nocivo y perjudicial.

Desde luego haremos notar que esta institución, si bien puede ser benéfica en algunos países, la experiencia cotidiana manifiesta que no puede practicarse en nuestro país, en el cual unas veces se convierte en expediente de anarquía y otras en instrumento de despotismo. No tenemos necesidad de explicar á nuestros lectores en qué consiste la institución del jurado; pues aunque no se han repetido con frecuencia las causas en que este tribunal haya tenido que constituirse para desempeñar su cometido, sin embargo es bien sabido que se forma de varios ciudadanos escogidos por la suerte, presentado ya el caso sobre el cual deban fallar. Se ve, pues, que el origen del tribunal no puede garantizar á los acusados una sentencia imparcial, sabia, recta y justiciera. Su fuente es el azar; y, á la verdad, nada se encuentra más distante de la sabiduría y de la justicia que la casualidad; porque, en efecto, si la suerte permite que sean desinsaculados, para servir de jurados, hombres íntegros y probos, conocedores de la moral y de las leyes, inteligentes en su apreciación y aplicación, en los fallos que dicten se notará la más cumplida justicia; pero si, por el contrario, tocasen á un acusado jueces ignorantes, de escaso entendimiento, venales ó corrompidos, malparada quedará ciertamente su inocencia, si la tiene, y conculcados sus más sagrados derechos: tal vez el jurado todo sería dominado por algún intrigante de mala ley, que, dotado de audacia servida por pasiones indómitas, ejercerá la más temible influencia sobre sus colegas, manteniéndolos sumisos á su voluntad y á sus deseos

y propósitos. No una vez se ha hecho notar por hombres perspicaces y sabios que, por lo común, las asambleas son fáciles de dominar por el prestigio de la palabra y por la intriga. Si, pues, constituís un jurado compuesto de gente sin cultura, y lo ponéis en el disparadero de tener que resolver si esta ó aquella frase, si esta ó aquella expresión, si tal ó cual pensamiento son contrarios á la moral, al orden público, á la vida privada, ¿cómo acertarán á salir del embarazo, si á veces esas pobres gentes que habéis reunido contra su voluntad, atraídas únicamente por el temor de la pena, ignoran los más rudimentales conocimientos literarios y las más ligeras nociones de la gramática? En medio de sus apuros, por encontrar una luz que los guíe, se inclinarán dócilmente á la primera voz influyente que escuchen sus oídos, creyendo que de esta manera guardan los fueros de la conciencia y de la justicia.

Por otra parte, para disminuir estos defectos no queda el medio de la recusación, porque sería preciso, para alcanzar el fin, conceder derecho de recusar á todos los jueces, y entonces sería imposible la constitución del tribunal. Tampoco se ha de acudir á la responsabilidad de los jurados, pues la responsabilidad que se distribuye entre muchas personas se nulifica ante la opinión pública, porque parece que cada individuo se encuentra escudado por su compañero y todos juntos por el cuerpo colegiado: de donde proviene á menudo que hombres incapaces de cometer el más leve desacierto obrando aisladamente, llevan á cabo los más graves atentados cuando forman parte de asambleas ó corporaciones en que se tratan materias que ponen en juego las pa-

siones humanas. ¿Y quién puede negar que los delitos que se cometen por medio de la imprenta, mueven, exaltan y sacan de quicio muchas veces á los hombres más pacíficos y razonables? Siendo esto así, como no puede negarse, de ninguna manera se ha de considerar conforme con los dictados de la prudencia, someter la resolución de cuestiones que producen á veces verdaderas borrascas en el público, á tribunales que se forman rápidamente, que juzgan bajo la impresión é influencia de las circunstancias del momento, que se encuentran sujetos á una verdadera presión moral, y que, agobiados por la precisión de dar su sentencia en un término brevísimo, no tienen tiempo para escuchar y distinguir la voz verdadera de una conciencia imparcial.

La imparcialidad se puede encontrar indudablemente, sin gran trabajo y con ménos dificultades, en los Jueces de Distrito, y en los Magistrados de Circuito (1) y de la Corte, porque sirven ó deben servir esos destinos hombres inteligentes, sabios en las leyes, conocedores del derecho, y con bastante cultura literaria basada en buenos principios de moral. En tales funcionarios, aunque hombres y por lo mismo dotados de pasiones, existe la garantía de que por su ilustración, por el interés de su propia reputación, por adhesión al honor del país, sabrán dar de mano á esas mismas pasiones y circunscribirse á hacer justicia, abstrayéndose por completo de sus inclinaciones ó prevenciones, mientras que en los jurados nunca se puede asegurar que exista tal garantía, porque dependen de la suerte, y la suerte es ciega, y ora se

(1) Cuando se escribió este artículo, no se habían suprimido los juzgados de circuito.